

# Los pájaros amarillos

## KEVIN POWERS

narrativa sex topiso



## **Los pájaros amarillos**

# Los pájaros amarillos

KEVIN POWERS

TRADUCCIÓN DE JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ



**sextopiso**

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original:  
*The Yellow Birds*

Copyright © Kevin Powers, 2012

Primera edición: 2012

Fotografía de portada  
SPXCHROME, GETTY IMAGES

Traducción  
JESÚS GÓMEZ GUTIÉRREZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2012  
París 35-A  
Colonia del Carmen, Coyoacán,  
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
Camp d'en Vidal 16, local izq.  
08021, Barcelona, España

[www.sextopiso.com](http://www.sextopiso.com)

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación  
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-15601-10-4  
Depósito legal: M-33511-2012

Impreso en España

Un pájaro amarillo  
de pico amarillo  
se posó en mi alféizar

Le ofrecí un panecillo  
y luego aplasté  
su puta cabeza.

Marcha tradicional del Ejército de Estados Unidos

Hacer caso omiso de los males futuros y olvidar los pretéritos es una piadosa disposición de la naturaleza, que nos permite asimilar la mezcla de nuestros pocos y malvados días. Así, libres nuestros sentidos de recaer en dolorosos recuerdos, nuestras penas no se mantienen desnudas junto al filo de las repeticiones.

SIR THOMAS BROWNE

*A mi esposa*

1  
SEPTIEMBRE DEL AÑO 2004  
AL TAFAR, PROVINCIA DE NÍNIVE (IRAK)

La guerra intentó matarnos en primavera. La hierba verdeaba las llanuras de Nínive, el tiempo se volvía más cálido y nosotros patrullábamos las colinas bajas que estaban más allá de las ciudades y de los pueblos. Avanzábamos por ellas y entre los pastos movidos por la fe, abriendo caminos entre el herbazal azotado por el viento como si fuéramos pioneros. Cuando dormíamos, la guerra frotaba sus mil costillas contra el suelo, rezando; cuando forzábamos el paso hasta la extenuación, los ojos se le ponían en blanco y se quedaban abiertos en la oscuridad y, cuando comíamos, aceleraba sin más alimento que su propia penuria. Hacía el amor, daba a luz y se extendía por el fuego.

Más tarde, en verano, la guerra intentó matarnos mientras el calor robaba todo el color a las llanuras. El sol se nos metía en la piel y la contienda empujaba a sus ciudadanos al abrigo de los edificios blancos, proyectando una sombra pálida sobre todas las cosas, como si nuestros ojos estuvieran cubiertos por un velo. Intentó matarnos todos los días, pero no lo consiguió. Y no es que nuestra seguridad estuviera predestinada. No estábamos destinados a sobrevivir. En realidad, no lo estábamos en absoluto. La guerra cogería todo lo que pudiera coger. Era paciente. No le preocupaban los objetivos ni las líneas divisorias; le daba igual que te amaran muchos o ninguno. Aquel verano, mientras yo dormía, la guerra se me apareció en sueños y me enseñó su único propósito: seguir adelante; sólo seguir adelante. Y supe que la guerra se saldría con la suya.

Para el mes de septiembre, la guerra había matado a miles. Sus cuerpos se alineaban en avenidas cicatrizadas a intervalos regulares; se escondían en callejones y aparecían en



hinchados apilamientos en las depresiones de las colinas del exterior de las ciudades, con rostros verdes y abombados, alérgicos ahora a la vida. Pero había matado a menos de mil soldados como Murph y yo; una cifra que todavía significaba algo para nosotros cuando comenzó lo que aparentemente fue un otoño. Murph y yo lo habíamos acordado. No queríamos ser el milésimo muerto. Si teníamos que morir después, moriríamos; pero que esa cifra fuera el hito de otro.

Casi no notamos ningún cambio cuando septiembre llegó, pero ahora sé que todo lo que importará en mi vida empezó entonces. Puede que la luz abordara más lentamente la ciudad de Al Tafar, cayendo como caía tras delgadas formas de tejados y calles esquinadas y oscuras. Caía sobre edificios blancos y ocreos, de ladrillos de arcilla y tejados de chapa de zinc o de cemento.

El cielo era una extensión vasta y poblada por nubes que semejaban catacumbas. Una brisa fresca soplaba desde las colinas distantes que habíamos patrullado todo el año; pasaba sobre los minaretes que se alzaban sobre la ciudadela, fluía por los callejones de toldos verdes y ondulantes, salía a los campos desnudos que rodeaban la ciudad y, por último, rompía contra las viviendas dispersas por donde asomaban nuestros fusiles. Nuestra sección, vetas grises contra la luz anterior al alba, se movía alrededor de nuestro puesto, en una azotea. Aún era finales de verano; un domingo, creo. Esperábamos.

Durante cuatro días, nos habíamos arrastrado por la arenilla de los tejados. Nos resbalábamos y nos deslizábamos por una alfombra de casquillos caídos durante los combates de los días anteriores. Nos acurrucábamos en formas absurdas y nos apiñábamos tras los muros encalados de nuestra posición. Nos manteníamos despiertos a base de miedo y anfetaminas.

Levanté mi pecho del tejado y me asomé por encima del murete, en un intento por ver las pocas hectáreas del mundo del que éramos responsables. Los edificios achaparrados de más allá del campo ondulaban en la minúscula mira verde de mi fusil. En el espacio abierto que había entre nuestras

posiciones y el resto de Al Tafari se veían cadáveres dispersos, víctimas de los cuatro últimos días de combates; descansaban en el polvo, rotos, destrozados y doblados, con sus prendas blancas que se habían vuelto oscuras por la sangre. Algunos humeaban entre los enebros y las enjutas matas de hierba, y el olor a carbón, aceite y cuerpos quemados se subía a la cabeza en el aire por fin fresco de la mañana.

Me giré, me volví a esconder detrás del muro y encendí un cigarrillo, protegiendo la llama con la palma de la mano. Di caladas profundas y solté el humo contra la parte más alta del tejado, donde se extendió, subió y desapareció. La ceniza se hizo larga y se quedó en el cigarrillo y pasó lo que pareció un buen rato antes de que cayera al suelo.

El resto de los soldados de la sección del tejado se empezaron a mover y a darse empujones en la penumbra oscilante del alba. Sterling se sentó con su fusil en el murete y se puso a dormir y a dar respingos durante toda nuestra espera. De vez en cuando despertaba con un sobresalto y giraba la cabeza para comprobar si alguien lo había visto. En la oscuridad que ya se retiraba, me dedicó una sonrisa amplia e irregular, alzó el dedo del gatillo y se embadurnó los ojos con salsa Tabasco para mantenerse despierto. Cuando se volvió hacia nuestro sector, sus músculos se hincharon y se tensaron visiblemente bajo su equipo.

La respiración de Murph era un firme consuelo a mi derecha. Me había acostumbrado a su forma de respirar y de salpicar su ritmo con salivazos muy estudiados a un charco acre de líquido oscuro que siempre parecía crecer entre nosotros. Me sonrió y preguntó: «¿Quieres un poco, Bart?». Asentí. Él me dio una lata de un paquete de provisiones de Kodiak y yo tiré el cigarrillo y la inserté bajo la cavidad de mi labio inferior. El tabaco húmedo me picó e hizo que se me saltaran las lágrimas. Escupí en el charco que había entre nosotros. Ya estaba despierto.

La ciudad se descubrió a través del gris de primera hora de la mañana. En algunas ventanas, más allá de los cadáveres del campo, se veían banderas blancas; formaban una extraña

superficie de ganchillo donde los oscuros huecos estaban enmarcados con cristales rotos, y las propias ventanas se abrían en edificios encalados que parecían aún más brillantes bajo la luz del sol. La fina niebla del Tigris se disipó, revelando los indicios de vida que quedaban; y con la suave brisa que soplaba desde las colinas del norte, los blancos harapos de tregua se agitaban sobre los toldos verdes.

Sterling dio un golpecito en la esfera de su reloj. Sabíamos que el canto del almuédano surgiría pronto de los minaretes con sus notas menores y desafinadas, llamando a los fieles a la oración. Era una señal y nosotros éramos conscientes de lo que significaba, de que las horas habían pasado y de que estábamos más cerca de nuestro objetivo, tan vago y extraño como los amaneceres y anocheceres indistinguibles de los que provenía.

—¡Arriba, chicos! —ordenó el teniente con un susurro enérgico.

Murph se sentó y extendió un poco de lubricante, tranquilamente, por el mecanismo de su fusil. A continuación, cargó una bala y apoyó el cañón en el murete, mirando fijamente los ángulos grises donde las calles y los callejones se abrían al campo que teníamos delante. Yo podía ver sus ojos azules, en cuya parte blanca se apreciaban telarañas rojas; durante los meses anteriores, se habían hundido un poco más en sus órbitas; a veces, cuando lo miraba, sólo podía ver dos sombras pequeñas, dos agujeros vacíos.

Permití que el cerrojo empujara una bala a la recámara de mi fusil y asentí. «Ya estamos otra vez», dije. Murph me dedicó una media sonrisa y replicó: «La misma mierda otra vez».

Habíamos llegado al edificio en las primeras horas de la batalla, con la luna encogiéndose hasta formar una rodaja fina. No había luces. Reventamos con nuestro vehículo una endeble puerta de metal que en algún momento había estado pintada de rojo y que se había oxidado desde entonces, de tal manera que no había forma de saber qué parte era óxido y qué parte pintura. Unos cuantos soldados del primer pelotón corrieron a la parte trasera

y el resto de la sección se amontonó en la delantera. Derribamos las dos puertas a la vez y entramos. El edificio estaba vacío.

Mientras pasábamos de habitación en habitación, las luces fijadas en el frontal de los fusiles abrían cilindros estrechos en el oscuro interior; no tenían la potencia necesaria para poder ver, pero mostraban el polvo que habíamos levantado. En algunas de las habitaciones, las sillas estaban boca abajo; y alfombras de colores vistosos colgaban de los alféizares donde las balas habían destrozado los cristales. No había gente. En varias ocasiones, creímos ver a alguien y gritamos con fuerza para que las personas que no estaban allí se echaran al suelo.

Seguimos así hasta que llegamos a la azotea. Y cuando llegamos al tejado, miramos el campo; un campo liso y hecho de polvo, con la ciudad detrás, a oscuras.

Al amanecer del primer día, nuestro intérprete, Malik, subió a la azotea de cemento y se sentó junto a mí, que estaba apoyado contra el murete. Aún no había luz, pero lo parecía porque el cielo tenía un color tan blanco como cuando está cargado de nieve. Oímos combates en la ciudad, pero todavía no habían llegado a nosotros. Sólo el sonido de los cohetes, de las ametralladoras y de los helicópteros que descendían casi en picado en la distancia, nos decían que estábamos en una guerra.

—Éste es mi antiguo barrio —me dijo Malik.

Su inglés era excepcional; su voz tenía un fondo glótico, pero no duro. Le pedía a menudo que me ayudara con mi caso árabe, intentando mejorar la pronunciación de ésta o aquella palabra: «Shukran», «afwan», «qumbula»; gracias, de nada, bomba. Me ayudaba, pero siempre terminaba nuestras conversaciones con un «Amigo mío, tengo que hablar inglés para practicar». Antes de la guerra, había sido alumno de literatura en la universidad; cuando la universidad cerró, vino a nosotros. Llevaba una capucha sobre la cara, unos pantalones desgastados de color caqui y una camisa desteñida que todos los días parecía recién planchada. Nunca se quitaba la capucha; la única vez que Murph y yo le preguntamos al respecto,

pasó el índice por el borde de la tela, alrededor de su cuello. «Me matarían por ayudaros —dijo—. Matarían a toda mi familia».

Murph se agachó y trotó desde el otro lado del tejado, donde había estado ayudando al teniente y a Sterling a instalar la ametralladora cuando llegamos. Al ver cómo se movía, tuve la impresión de que la monotonía del desierto le ponía nervioso; de que, de algún modo, las distantes colinas bajas lograban que los secos pastos tostados de la vega resultaran aún más insoportables.

—Eh, Murph —lo llamé—, éste es el viejo barrio de Malik.

Murph se agachó rápidamente y se sentó junto al murete.

—¿Cuál? —preguntó.

Malik se levantó y señaló una línea de edificios que parecían crecer como seres vivos con secciones verticales que no llegaban a los noventa grados. Estaban al otro lado del campo, al principio de nuestro sector. Un poco más allá de las afueras de Al Tafar había una huerta. Alrededor de la ciudad, en sus bordes, se veían bidones de metal y pilas de basuras que ardían sin sentido.

Ni Murph ni yo nos levantamos, pero vimos la zona que Malik señaló.

—La señora Al Sharifi solía plantar sus jacintos en ese campo. —Malik extendió las manos hacia afuera y movió los brazos en un gesto histriónico, como si se estuviera dirigiendo a una asamblea.

Murph lo agarró por el puño de su planchada camisa.

—Ten cuidado, hombretón. Van a ver tu silueta.

—Era una viuda vieja y loca. —Se puso las manos en las caderas. Sus ojos estaban vidriosos por el cansancio—. Las mujeres del barrio sentían celos de aquellas flores —Malik rió—. La acusaban de usar la magia para conseguir que crecieran como crecían... —dejó de hablar un momento y apoyó las manos en el seco murete de arcilla en el que estábamos apoyados—. Se quemaron el otoño pasado, durante los combates. Este año no los ha vuelto a plantar —concluyó bruscamente.

Intenté imaginar la vida en aquel sitio, pero no pude; aunque patrullábamos las mismas calles de las que Malik hablaba y tomábamos té en las mismas casuchas de adobe, donde las finas y venosas manos de los viejos y las mujeres que moraban en ellas me habían vendado las manos en cierta ocasión.

—Ya vale, colega —dije—. Si no te agachas, vas a conseguir que te peguen un tiro en el culo.

—Es una pena que no podáis ver esos jacintos.

Y entonces, empezó.

Fue como si el paso de un momento al momento siguiente tuviera trayectoria propia, algo finito y expansivo a la vez, parecido a la divisibilidad interminable de unos números desplegados en una línea. Las trazadoras salieron de todos los espacios oscuros de los edificios del otro lado del campo, y hubo muchas más balas que destellos fosforescentes. Las oímos rasgar el aire junto a nuestros oídos y chasquear al hundirse en los ladrillos de adobe y en el cemento. No vimos morir a Malik, pero Murph y yo teníamos su sangre en los uniformes.

Cuando recibimos la orden de alto el fuego, nos asomamos por el murete bajo y lo vimos tumbado en el polvo, con un gran charco de sangre a su alrededor.

—No cuenta, ¿verdad? —preguntó Murph.

—No, no lo creo.

—¿Cuántos llevamos ya?

—¿Novecientos sesenta y ocho? ¿Novecientos setenta? Tendremos que comprobarlo cuando volvamos.

En ese momento no me sorprendió la crueldad de mi ambivalencia. Que alguien muriera, parecía lo más natural del mundo. Y ahora, mientras medito sobre cómo se sentía y cómo se comportó ese chico de veintiún años que era yo desde su posición segura en una cabaña cálida, por encima de un arroyo transparente de las Montañas Azules, sólo puedo decirme que era necesario. Necesitaba seguir. Y para seguir, tenía que ver el mundo con ojos claros, para concentrarme en lo esencial.

Sólo prestamos atención a las cosas extrañas, y la muerte no era extraña. Extraña era la bala que llevaba tu nombre, la bomba enterrada para ti. Ésas eran las cosas a las que estábamos atentos.

No pensé mucho en Malik a partir de entonces. Era una figura secundaria que sólo parecía existir en relación con la continuación de mi vida. Yo no habría podido expresarlo en aquella época, pero me habían adiestrado para pensar que la guerra era el gran unificador, que unía a la gente mucho más que ninguna otra actividad. Gilipollices. La guerra es el gran creador de solipsistas: ¿cómo me vas a salvar la vida hoy? Morir sería una forma; porque si tú mueres, es más probable que yo no muera. Tú no eres nada. Ése es el secreto: un uniforme en un mar de uniformes, un número en un mar de polvo. Y en cierto sentido, nosotros pensábamos que aquellos números eran una señal de nuestra propia insignificancia. Pensábamos que, si seguíamos siendo normales y corrientes, no moriríamos. Confundíamos las causas con los efectos y veíamos un significado especial en las fotografías de los muertos, cuidadosamente dispuestas junto al número correspondiente a su lugar en la creciente lista de bajas que leíamos en los periódicos, como indicios de una guerra ordenada.

Teníamos la sensación, algo que sólo sentíamos en el breve destello entre una sinapsis y otra, de que esos nombres ya estaban en la lista mucho tiempo antes de que la muerte llegara a Irak; de que los nombres aparecieron allí en cuanto se tomaron las fotografías, se dieron los números y se asignaron los espacios. Y de que los muertos habían estado muertos desde entonces.

Al ver el nombre del sargento Ezekiel Vázquez, veintiún años, de Laredo (Texas), n.º 748, muerto por disparo de armas ligeras en Bakuba, estuvimos seguros de que había sido un fantasma durante años en el sur de Texas. Pensamos que ya estaba muerto en el vuelo que lo llevó a Irak y que no tenía motivos para asustarse cuando el C-141 donde viajaba dio tumbos y bandazos en el cielo de Bagdad. No tenía nada que temer; había

sido invencible, absolutamente invencible, hasta el día que dejó de serlo. Y pensamos lo mismo sobre la especialista Miriam Jackson, diecinueve años, de Trenton (Nueva Jersey), n.º 914, muerta en el Landstul Regional Medical Center por las heridas sufridas en un ataque de morteros en Samarra. De hecho, nos alegramos. No de que la hubieran matado, sino de que no nos hubieran matado a nosotros. Deseamos que hubiera sido feliz, que hubiera aprovechado las ventajas de su estatus especial antes de situarse inevitablemente bajo el fuego de mortero cuando salió a colgar su uniforme, recién lavado, en una cuerda tendida detrás de su alojamiento.

Por supuesto, nos equivocábamos. Nuestro mayor error consistía en creer que lo que pensábamos tenía importancia. Ahora parece absurdo que interpretáramos cada muerte como una afirmación de nuestras vidas; que cada una de esas muertes pertenecían a un tiempo y que, en consecuencia, ese tiempo no era el nuestro. No sabíamos que la lista era ilimitada. No pensábamos más allá del número mil. Nunca consideramos la posibilidad de que nosotros también estuviéramos entre los muertos andantes. Yo solía pensar que el hecho de vivir bajo esa contradicción podía haber guiado mis actos y que una decisión tomada o no tomada en observancia de esa filosofía, podía incluirme en la lista de los muertos o sacarme.

Ahora sé que no es así. No había balas que llevaran mi nombre ni el de Murph. No había bombas hechas específicamente para nosotros. Cualquiera de ellas nos habría matado como mató a los dueños de esos nombres. No teníamos ni un tiempo ni un lugar preestablecidos.

He dejado de preguntarme sobre los centímetros a la izquierda y la derecha de mi cabeza y sobre la diferencia de cinco kilómetros por hora que nos habría puesto directamente encima de una mina casera. No llegó a pasar. No fui yo quien murió. Fue Murph. Y aunque yo no estaba allí cuando ocurrió, los cuchillos sucios que lo atravesaron iban dirigidos «a quien correspondía». Nada nos hacía especiales. Ni vivir ni morir ni ser normales y corrientes. Pero me gusta pensar que por entonces



quedaba un hálito de compasión en mí y que, si hubiera tenido la oportunidad de ver aquellos jacintos, les habría prestado atención.

El cuerpo de Malik, arrugado y roto al pie del edificio, no me impresionó. Murph me dio un cigarrillo y nos volvimos a esconder tras el murete. Sin embargo, no pude dejar de pensar en una mujer que me había venido a la cabeza por la conversación con Malik; una mujer que nos servía el té en tacitas delicadamente imperfectas.

El recuerdo me pareció increíblemente distante, enterrado en el polvo, a la espera de que alguien pasara un cepillo y lo sacara a la luz. Me acordé de cómo sonreía y se ruborizaba y de su incapacidad absoluta para dejar de ser bella a pesar de su edad, de su barriga, de unos cuantos dientes marrones y de una piel como la arcilla seca y agrietada del verano.

Es posible que hubiera sido eso, un campo lleno de jacintos. No lo era cuando irrumpimos en el edificio ni lo era cuatro días después de la muerte de Malik. El fuego y el sol del verano habían quemado las hojas verdes que se agitaban al viento. El festival de gente en la calle del mercado, con sus largas túnicas blancas y sus voces en grito, había desaparecido; algunos yacían muertos en los patios de la ciudad o en su encaje de callejones y el resto caminaba o se desplazaba en caravanas lentas, a pie o en cacharros de color naranja y blanco, en carros tirados por mulas o en grupos apiñados de dos y tres, mujeres y hombres, viejos y jóvenes, enteros y heridos. Ese desfile gris de las afueras de la ciudad era todo lo que quedaba de la vida en Al Tafar. Pasaban ante nuestras puertas, pasaban ante los muros de Jersey y los emplazamientos de las ametralladoras y se perdían en las secas colinas de septiembre. No alzaban los ojos durante las horas del toque de queda. Eran una línea moteada de color en la oscuridad y se estaban marchando.

Una radio crepitó en las habitaciones que estaban bajo nosotros. En voz baja, el teniente dio nuestro informe de

situación al oficial al mando. «Sí, señor; *roger*, señor», dijo. Y el informe pasó por niveles cada vez más alejados de nosotros, hasta que estuve seguro de que en algún lugar, en una habitación cálida, seca y segura, alguien recibió la información de que dieciocho soldados habían vigilado las calles y los callejones de Al Tafari durante la noche y de que un número *x* de enemigos yacían muertos en un campo polvoriento.

El día casi había llegado a la ciudad y a las elevaciones del desierto cuando el sonido de las botas del teniente, que subía al tejado por la escalera, sustituyó al ruido eléctrico de la radio. Los contornos de antes tomaron forma y la ciudad, vaga y teórica de noche, se convirtió en algo substancial ante nuestros ojos. Miré al oeste. Bajo la luz, surgieron tonos ocres y verdes. El gris de las paredes de adobe, de edificios y patios dispuestos en panales achaparrados, se desvaneció con el sol naciente. Un poco más al sur, se veían varios fuegos que ardían en un bosquecillo de delgados y ordenados frutales. El humo se alzaba a través de un suave y andrajoso baldaquín de hojas, sólo levemente más alto que un hombre, y se inclinaba con obediencia por el viento que soplaba del valle.

El teniente salió a la azotea y se encogió, con el torso en paralelo al suelo y las piernas dobladas, hasta que llegó al murete. Se sentó con la espalda contra la pared y nos hizo un gesto para que nos reuniéramos a su alrededor.

—Muy bien, chicos, éste es el trato.

Murph y yo nos apoyamos el uno en el otro hasta que el peso de nuestros cuerpos encontró el equilibrio. Sterling se acercó más al teniente y clavó los ojos en una mirada dura que nos atravesó al resto de los que estábamos en la azotea. Observé al teniente cuando habló. Sus ojos estaban empañados. Antes de continuar, soltó un suspiro corto y firme y se frotó un sarpullido de color frambuesa pálido con dos dedos; formaba un óvalo pequeño que descendía desde su frente angulosa hasta su mejilla izquierda y que parecía seguir el contorno de la cuenca del ojo.

El teniente era una persona distante por naturaleza. Ni siquiera recuerdo de dónde era. En él había un comedimiento

que iba más allá de la simple adhesión al criterio de no confraternizar con nadie. No era elitismo. Parecía ser incognoscible o estar ligeramente desorientado. Suspiraba a menudo.

—Estaremos aquí hasta el mediodía, más o menos. La tercera sección va a lanzar una ofensiva por los callejones que se encuentran al noroeste de nuestra posición e intentará forzarlos a salir por nuestra delantera. Con un poco de suerte, estarán tan asustados que no nos dispararán mucho antes de que... —se detuvo, se pasó la mano por la cara y hurgó por debajo del chaleco antibalas, en los bolsillos del pecho, buscando un cigarrillo. Yo le di uno—. Gracias, Bartle. —Se giró para mirar la huerta que ardía al sur—. ¿Cuánto tiempo llevan encendidos esos fuegos?

—Probablemente, desde anoche —contestó Murph.

—Bien. Quiero que Bartle y tú les echéis un ojo.

La columna de humo que se inclinaba bajo el viento se había enderezado. Trazaba una línea negra y esponjosa en el cielo.

—¿Qué estaba diciendo antes? —El teniente lanzó una mirada distraída hacia atrás y asomó los ojos por encima del muro—. Maldita sea...

—Descuide, teniente, lo hemos entendido... —empezó a decir un especialista del segundo pelotón.

Sterling lo cortó en seco.

—Cierra la puta boca. El teniente habrá terminado cuando él diga que ha terminado.

Yo no me daba cuenta entonces, pero Sterling parecía saber con exactitud hasta dónde podía presionar al teniente sin romper la disciplina. A Sterling no le importaba que le odiáramos. Sabía lo que era necesario. Me sonrió y sus dientes rectos y blancos reflejaron el sol de la mañana.

—Decía, señor, que con un poco de suerte estarán tan asustados que no nos dispararán antes de que... —El teniente abrió la boca para terminar su frase, pero Sterling lo hizo por él—. Antes de que matemos a los putos *haji*.

El teniente asintió, se alejó agachado y desapareció en la escalera. Nosotros volvimos a gatas a nuestras posiciones y

esperamos. En la ciudad se había encendido un fuego, aunque los muros y los callejones impedían distinguir su origen. La humareda ancha y negra parecía unir cien fuegos distintos de todo Al Tafar en una larga voluta.

El sol reunió fuerzas a nuestras espaldas, alzándose en el este, calentando el cuello de mi guerrera y cocinando con la sal que se acumulaba alrededor de nuestros cuellos y de nuestros brazos, en líneas duras. Giré la cabeza y lo miré directamente. Tuve que cerrar los ojos, pero pude distinguir su forma, un agujero blanco en la oscuridad, antes de girarme de nuevo hacia el oeste y de abrirlos.

Dos minarettes, que de vez en cuando quedaban parcialmente ocultos por el humo, se alzaban como brazos por encima de los polvorientos edificios. Estaban inactivos. Ningún sonido había surgido de ellos aquella mañana. Nadie había llamado a la oración. La larga línea de los refugiados que se escabullían de la ciudad desde cuatro días antes, se había vuelto más rala. Sólo unos cuantos viejos, doblados sobre gastados bastones de cedro, arrastraban los pies entre el campo de muertos y el bosquecillo. Dos perros enjutos saltaban a su alrededor, les mordisqueaban los tobillos, se retiraban ante sus golpes y repetían el proceso.

Y empezó una vez más. El aullido orquestal de fuego de mortero, procedente de todos los puntos a nuestro alrededor. Incluso después de sufrirlo durante tantos meses, las caras de la sección mostraron perplejidad y desconcierto. Nos miramos los unos a los otros con la boca abierta y los dedos aferrados a los fusiles. Era una mañana clara de septiembre en Al Tafar y la guerra parecía restringida a aquel lugar, como si sólo se librara allí. Recuerdo haberme sentido como si hubiera saltado a las aguas heladas de un río durante el primer día cálido de la primavera; mojado, asustado y jadeante, sin nada que hacer salvo nadar.

—¡Ya llega!

Nos movimos de memoria. Nuestros cuerpos se postraron, nuestros dedos se entrelazaron detrás de nuestras cabezas y abrimos las bocas para mantener equilibrada la presión.

A sus veintiún años, el soldado Bartle es enviado a combatir en la guerra de Irak, junto con un compañero de dieciocho años, el soldado Murphy, de quien se hace cargo desde el comienzo. Narrada a través de los ojos de Bartle, *Los pájaros amarillos* cuenta de primera mano el sinsentido de una guerra librada bajo un sol feroz, combatiendo a un enemigo ubicuo, en ciudades convertidas en fantasmas. Entre muchas otras cosas, la guerra le roba para siempre a Bartle su presente, ya que vivirá atrapado por los recuerdos terro-ríficos que lo atormentan, intentando comprender acciones que a la distancia ya no le parecen ni suyas ni de nadie más.

*Los pájaros amarillos* ha sido comparada a grandes novelas de guerra como las escritas por Ernest Hemingway, Erich Maria Remarque, Norman Mailer y Tim O'Brien. Kevin Powers combina el conocimiento que sólo se adquiere en carne propia con una escritura elegante que por momentos raya lo poético, que provocan que el lector se transporte al campo de batalla, y viva la guerra de Irak como algo más real que la crónica periodística más cruenta que jamás haya leído.

«*Los pájaros amarillos* es el equivalente de *Sin novedad en el frente*, sobre las guerras arábigas de Estados Unidos».

TOM WOLFE

«*Los pájaros amarillos* está escrita con una intensidad completamente absorbente: cada momento, cada recuerdo, cada objeto, cada movimiento, se ha creado con una concentración intensa y precisa, y un gran sentido de la veracidad».

COLM TÓIBÍN



narrativa **sextopiso**

